



Me dispongo a la oración con estos textos

“ Lo que Él busca, tanto en su mensaje como en su providencia amorosa y paciente, es al hombre y la mujer. A cada persona en particular, sea lo que sea en categoría: todos somos hijos pródigos suyos.

–Guillermo Rovirosa, O.C. T.II. 209

“ La Iglesia «en salida» es una Iglesia con las puertas abiertas. Salir hacia los demás para llegar a las periferias humanas no implica correr hacia el mundo sin rumbo y sin sentido. Muchas veces es más bien detener el paso, dejar de lado la ansiedad para mirar a los ojos y escuchar, o renunciar a las urgencias para acompañar al que se quedó al costado del camino. A veces es como el padre del hijo pródigo, que se queda con las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar sin dificultad.

–Francisco, *Evangelii gaudium*, 46

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

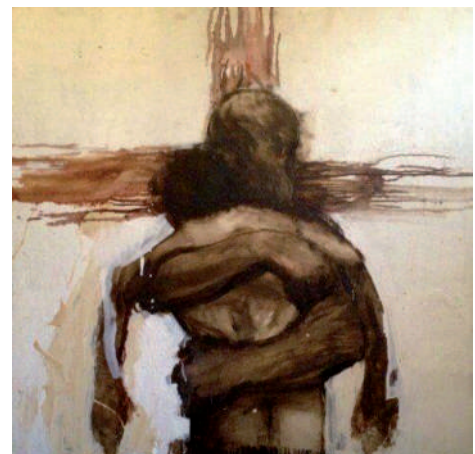
Lo revolucionario hoy es la ternura, la misericordia, la capacidad de acogida, de escucha, de perdón, de cuidado. La capacidad de detener el paso y caminar, con otros, al ritmo sanador de la proximidad en nuestro mundo.

De ese cuidado y sanadora proximidad nos llegan experiencias diversas, como las que gozábamos en el [Noticias Obreras de julio pasado](#): el acompañamiento a trabajadores de Zumosol de Palma de Río, la experiencia de cuidados de A3Calles Cuidados en Territorio, el Encuentro de entidades de economía social y solidaria, los logros del sindicalismo en México, la formación del sindicato de Starbucks en Chile, la reflexión de Raúl Flores, que ha compartido cursos de verano con nosotros, el Congreso de la LOC en Portugal, el camino sinodal que vamos haciendo... y tantas experiencias cercanas, prójimas, sanadoras, cuidadoras, que nos muestran las entrañas de misericordia de Dios en el quehacer cotidiano y entregado de tantas mujeres y hombres a nuestro alrededor.

Ellas y ellos siguen cuidando. Nos siguen cuidando. Igual que Dios. Vuelve a sentirlo con este salmo.

El Salmo 138, al modo de Dios

Yo te sondeo y te conozco,
y tal y como eres, te quiero.
Sé lo que haces,
cuando te sientas o te levantas,
cuando ríes o lloras,
cuando estás feliz o cuando huyes.
De lejos comprendo tus pensamientos,
y sé distinguir tu camino y tu descanso.
Todas tus sendas me son familiares.
Antes de que digas nada
yo ya sé lo que vas a decir.





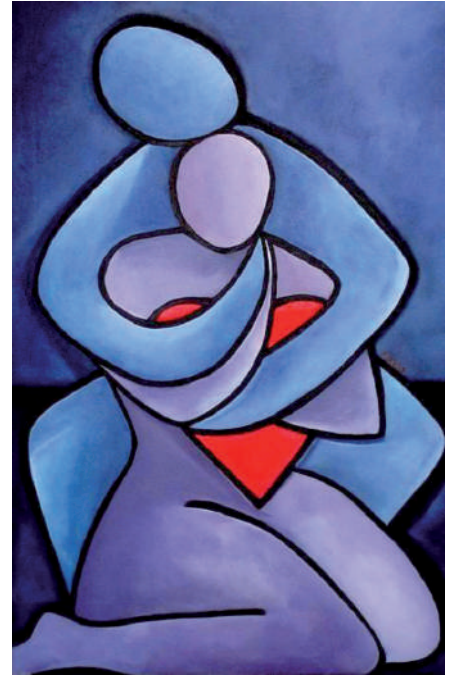
ORAR EN EL MUNDO OBRERO

XXIV Domingo del Tiempo Ordinario C • 11 septiembre 2022 • www.hoac.es



Te envuelvo con mi presencia,
que es cuidado,
estoy detrás y delante,
en tu pasado y en tu futuro,
te rodeo.
Te entiendo más de lo que tú puedes entenderte,
más de lo que tú abarcas.
¿Dónde irás lejos de mí?
¿Dónde vas a esconderte de mí?
Si subes a lo alto,
allí estoy.
Si te sumerges en un abismo,
allí me encuentras.
Si vuelas hasta el margen de la aurora
o emigras hasta el confín del mar,
allí te alcanzarán mis manos,
convertidas en caricia y en abrazo.

(Rezandovoy)



Hoy me dice LA PALABRA...

Lucas 15, 1-32. Este acoge a los pecadores y come con ellos



Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos».

Jesús les dijo esta parábola: «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la descarriada, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, se la carga sobre los hombros, muy contento; y, al llegar a casa, reúne a los amigos y a los vecinos, y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la oveja que se me había perdido”. Os digo que así también habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.



ORAR EN EL MUNDO OBRERO

XXIV Domingo del Tiempo Ordinario C • 11 septiembre 2022 • www.hoac.es



«¿qué mujer que tiene diez monedas, si se le pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? Y, cuando la encuentra, reúne a las amigas y a las vecinas y les dice: “¡Alegraos conmigo!, he encontrado la moneda que se me había perdido”. Os digo que la misma alegría tendrán los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta».

También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”. El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: “Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”. Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”.

Pero el padre dijo a sus criados: “Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”. Y empezaron a celebrar el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: “Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”. Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: “Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”. Él le dijo: “Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

¿En qué Dios creemos? ¿En el que acoge a los pecadores y come con ellos? ¿En el que revuelve lo que sea necesario hasta encontrarnos de nuevo? ¿En el que se alegra sobremanera cuando nos encuentra, cuando volvemos a él? ¿En el Dios capaz de conmoverse hasta las entrañas por nosotros? ¿En el que está dispuesto a entregarse por amor a nosotros? ¿En el que olvida la ofensa apenas nos distingue de regreso en el horizonte, incluso antes? ¿En el que se preocupa de lo pequeño, de lo que no cuenta, de lo que aparentemente parece inútil? ¿En el que nos ama porque nos conoce, mejor que nosotros mismos?

¿En el que siempre nos da otra oportunidad de volver al amor?

¿En qué se manifiesta que creemos en ese Dios? ¿En que nuestra vida es igual de tierna y misericordiosa, de compasiva y constructora de paz y de justicia que la suya? ¿En que acojo a los pecadores y como con ellos?



¿Cómo ir siendo persona de acogida, de escucha, de perdón, de misericordia, de ternura...?

Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre



Hijo pródigo

Desde lejos, aterido, abrumado,
nostálgico, culpable.
Incapaz de mirarte, avergonzado
por los renglones torcidos de mi historia.
Indeciso. Atrapado tras el muro que yo mismo
he levantado.
Curvado sobre mí, cada vez más solo,
más triste, más roto.

«Vuelve a casa». «Vuelve conmigo».
«Vuelve pronto». «Vuelve ahora».

Tu canción se clava, como flecha en mi entraña.
No hiere. No mata. Es el amor
salvando abismos para salvar personas.
Padre, he pecado contra ti,
ya no merezco llamarme
hijo tuyo...

«Calla, y abrázame. Hijo mío».

Desde cerca, reconciliado, todo empieza de nuevo.

(José María R. Olaizola, sj)

Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día, nuestro trabajo, nuestras luchas,
nuestras alegrías y nuestras penas...

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de trabajo, pensar como Tú,
trabajar contigo, y vivir en Ti.

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.